

El caso Juan Carlos Onetti

Teresa Rosenvinge

CON MOTIVO DE LA PUBLICACIÓN DE LAS OBRAS COMPLETAS DE JUAN CARLOS ONETTI, POR LA EDITORIAL GALAXIA GUTENBERG, TERESA ROSEN- VINGE REPASA ALGUNOS MOMENTOS DEL GRAN AUTOR URUGUAYO.

La «tierra de nadie» es un lugar que no existe pero que muchos nombran. Hablan de ella aquellos que, habiendo nacido en un lugar, viven en otro y que se sienten forasteros en ambos. *La tierra de nadie*, no por casualidad, es el título de la novela que Juan Carlos Onetti escribió en el año 1941, antes de que *La vida breve* se publicase y, por lo tanto, de que naciera la ciudad inventada de Santa María, en la que situó gran parte de su obra.

La tierra de nadie es una novela que ocurre en Buenos Aires, ciudad a la que Onetti se mudó tras su primer matrimonio, y trata de un grupo de marginados y de su deseo de huir de la ciudad a una isla utópica donde no hacer nada no hace daño a nadie. «La tierra de nadie» es eso, un lugar que alude a la marginación, uno de los temas clave de los argumentos onettianos.

El caso de Juan Carlos Onetti quizá sea uno de los más representativos entre los escritores que nacieron en un lugar y murieron en otro situado no sólo a muchos kilómetros, también en otro continente; entre los que nacieron con una nacionalidad, la uruguayo en su caso, y murieron con otra, la española.

Se podría pensar que el apellido Onetti tiene su origen en Italia, como lo tienen el de Benedetti y el de Rafael Alberti, pero no es así: Onetti afirmaba que el origen de su apellido era irlandés y que su grafía originaria era O'Nety y que fue un bisabuelo suyo el que lo italianizó en el s. XIX por razones políticas.

El autor de *El astillero* nació en 1909. Fue hijo de un funcionario de aduanas y de Honoria Borges, de origen brasileño. Durante su infancia, fue habitual para la familia el cambio de domicilio y de ciudad, y durante su primera juventud, los cambios de empleo: el joven Onetti fue portero, representante de neumáticos, mozo de cantina, taquillero, vigilante, etcétera, pero también empezaba ya a ser escritor, a los trece años redactó sus primeros cuentos, unos textos muy influidos por un escritor insospechado, el recién galardonado Premio Nobel, el noruego Knut Hamsun, autor entre otras muchas obras de *Hambre* (1890), novela por la que Onetti siempre manifestó admiración.

A los veintiún años, Juan Carlos Onetti se enamora y se casa con una prima hermana suya, María Amalia Onetti, y se traslada a vivir a Buenos Aires. A esta época pertenece su primera novela *El pozo* y el recuerdo de una de las peores desgracias que pueden perseguir a un escritor: en uno de los numerosos traslados entre Buenos Aires y Montevideo perdió el manuscrito. Por aquel entonces Argentina era un país seguro y amable, y más Uruguay, al que llamaban la Suiza de América.

En el terreno de lo sentimental también la vida de Juan Carlos Onetti resultó atípica y cambiante. Se casó cuatro veces, las dos primeras con dos hermanas, Amalia y María Julia, que además eran primas hermanas suyas. En el terreno de lo político, Onetti siempre fue fiel a una misma ideología, que en el año 36 le llevó a intentar sumarse a los brigadistas que vinieron a España a apoyar la República. Nadie diría entonces que viajaría a Madrid a quedarse como refugiado político muchos años después, una vez transcurridos nada menos que cuarenta años de dictadura franquista.

La vida de Juan Carlos Onetti transcurrió entre cuatro grandes ciudades: Montevideo, Buenos Aires, donde vivió 14 años, Madrid donde residió 19, ciudades reales, y Santa María, su mítica ciudad inventada, que nació en su novela *La vida breve*, en 1950 y murió en *Cuando ya no importe*, en 1993, una ciudad inexacta situada allá por el Río de la Plata, cercana a Montevideo y a Buenos Aires, donde el escritor volcó su mundo marginal y turbio, donde encontró la imprecisa identidad de unos personajes que hacen de su existencia la búsqueda, entre otras cosas, de su propia identidad.

El desarraigo forma en la literatura de Juan Carlos Onetti parte de la condición humana. El desarraigo no es una condición espacial, es algo que el ser humano transporta consigo desde que nace. De este sentimiento habló Onetti cuando llegó a España en el año 1977: «Cuando llegué tenía la novela avanzada (*Dejemos hablar al viento*), creí que podría terminarla en Madrid, pero durante dos años no pude escribir. Ni siquiera una línea. No sé lo que me pasaba. El desarraigo, quizás, los amigos, Montevideo, el café...» . Pero las circunstancias cambiaron para Onetti con la entrega del Premio Cervantes en el 81: «Estaba acostumbrado a ser un perdedor sistemático, un permanente segundón (...) llegué a España con la idea de que lo había perdido todo, de que sólo había cosas que había dejado atrás y nada que me pudiera aguardar en el futuro. De hecho ya no me interesaba mi vida como escritor. Sin embargo aquí estoy unos años después sobreviviendo. Esta sobrevivida es lo primero que debo a los españoles. Estos años de regalo en los cuales he vuelto a escribir con ganas».

No hay persona más excluida del mundo que aquella que se queda en la cama para esperar la muerte. Así pasó Juan Carlos Onetti los últimos años de su vida. Escribiendo, leyendo, recibiendo pocas visitas, rodeado por la leal compañía de su última esposa, Dorotea Mur, con la que había contraído matrimonio en 1955. Así, con la admiración de todos los seguidores de su obra, dejó el mundo, habiendo alcanzado el status de leyenda.

La obra de Onetti ha sido, al final, una de las obras más importantes del siglo XX, y digo al final, porque durante su creación parecía otra cosa: la obra de Onetti se vendía lentamente, costaba que se agotasen sus primeras ediciones, era lo que se llama ahora un «autor de culto». Llegó a Europa arrastrado por el interés de los lectores en los escritores del *boom*, él mismo se situaba en la segunda fila..., pero como dicen, el tiempo pone a cada escritor en su sitio y resulta que al final su obra es una de las mejores y como tal, ahora se publica en la editorial Galaxia Gutenberg del Círculo de Lectores, al cuidado de la que fue su gran amiga Hortensia Campanella y prologada por José Manuel Caballero Bonald, que le dedica unas interesantísimas páginas donde queda reflejada su admiración por la obra onettiana y por su autor: «Conocí a Juan Carlos Onetti después de haber conocido una parte principal de

su obra: *Tierra de nadie*, *La vida breve*, *El astillero*. Recuerdo muy bien el singular acopio de sensaciones que me depararon esas lecturas: una rara, infrecuente convicción de que en aquellos textos nocturnos, desesperanzados, de intrincada materia argumental, de ejemplar desacato a tanta inane agencia realista, alentaba a un escritor extraordinario. Tardé bastantes años en conocerlo, aunque supongo que finalmente logré identificarme con no pocos de los hábitos y maneras del novelista (...) Un día de otoño de los años ochenta fui a visitar a Onetti. Vivía en un piso algo sombrío y estaba retenido en una de sus más obstinada fases de acostado. Esa situación de residente estable en la cama dotaba al novelista de un manifiesto aire de enfermo imaginario o de excéntrico personaje de alguna novela no escrita todavía. Y allí estaba Dolly, ejerciendo de veladora de cada uno de los días de Onetti, esa última y definitiva mujer sin la que muy deficientemente se puede entender en puridad la vida del escritor...» Nada es mejor que leer a un escritor como José Manuel Caballero Bonald contar cosas sobre otro escritor como Juan Carlos Onetti, escuchar a un gigante del lenguaje hablar sobre otro gigante del lenguaje ©